

Dossier Educativo Valle del Genal

Este contenido esta en proceso de elaboración. En este documento se encuentra todo el trabajo que se ha realizado hasta el momento.

- 4 capítulos completos (de 7 que tiene en total)
- Borradores de algunas ilustraciones que aparecerán en el dossier

Toda la información acerca del dossier educativo esta en el documento del “Proyecto Valle del Genal” que se encuentra en la misma carpeta que este.

Contenido

Capítulo 1	2
Capítulo 2	4
Capítulo 3	6
Capítulo 4	9
Esbozos de las il·lustraciones	12

Capítulo 1

Rita tiene 11 años y estudia quinto de primaria en la escuela de su ciudad, donde vive con mamá y papá. Hoy es el último día de colegio y Rita se despide de todas sus amigas y amigos, su profesor, la conserje y hasta de la silla y la mesa que la han acompañado los últimos meses. Siente un poco de tristeza al pensar que estará unos meses sin verlos, pero a la vez, no puede dejar de sonreír. El verano ya recorre todos los rincones de la ciudad y eso solo quiere decir una cosa: ¡ya empiezan las vacaciones!

Como todos los años, Rita pasará las vacaciones en el pueblo con Pascuala, su abuela materna, la única de la familia que sigue viviendo allí. Es el pueblo donde se criaron sus padres, pero ellos se marcharon a la ciudad cuando eran jóvenes en busca de trabajo y allí se quedaron hasta ahora.



Al llegar a casa, Rita prepara la maleta de viaje. Lleva con ella todo lo necesario para pasar, una vez más, las vacaciones en el pueblo. Prepara la ropa, el neceser, el bañador, las chanclas de río, las zapatillas para caminar por el monte, una linterna y sus inseparables libros de aventuras.

Está contenta y a la vez nerviosa, tiene unas ganas locas de volver a jugar con sus amigos y amigas del pueblo, bañarse por las tardes en la piscina, hacer excursiones hasta llegar al río y darse un chapuzón en el agua fría.

Se han hecho las siete de la tarde, y es la hora de partir. La familia sube al coche y se pone en marcha. Rita duerme profundamente todo el viaje, tantas emociones la han dejado exhausta. No se despierta hasta que empiezan las curvas en la carretera, abre perezosamente los ojos y ve esos árboles enormes con unas formas curiosas y retorcidas, no cabe ninguna duda, han llegado al Valle del Genal.



La casa de la abuela es enorme. El piso de arriba tiene infinitas habitaciones con camas, armarios, una máquina de coser, en la mayoría parece que no haya entrado nadie en mucho tiempo... uno de estos cuartos es donde Rita se queda a dormir. En la planta de abajo, la que da a la calle, es donde pasan la mayor parte del tiempo, está la cocina, el salón, un baño y la habitación de Pascuala. Al lado de la casa hay un gran almacén con todo tipo de “trastos” viejos. Bajo unas sábanas, ya muy gastadas, se intuyen máquinas y cachos de metal que Rita nunca ha visto funcionar.

La abuela siempre dice: “Antes la casa estaba llena de alegría” – como si la casa pudiera sentir – “Ahora está más triste y arrugada... ¡como tu abuela!” e inmediatamente después se pone a reír.

Rita deshace la maleta y ordena la ropa en el armario cuando, de repente, ve una cosa brillante al fondo de una de las estanterías, es la cerradura de un pequeño baúl. Rita baja gritando las escleras con el objeto entre las manos para mostrárselo a Pascuala.

- ¡Abuela, Abuela! Mira que he encontrado.

- Mmm... Esto...- Dice la Abuela examinando el baúl con atención- ¡Ajá! Ya me acuerdo. Este baúl era de tu madre cuando era chiquita. Aquí guardaba sus pequeños tesoros, objetos importantes para ella que le hacían recordar las mejores aventuras de su infancia.

Juntas abren la caja y encuentran un montón de objetos antiguos. Contiene unas fotografías viejas, un tarro de cristal lleno de semillas, unas piedras blancas y redondas, un ramo de flores tan secas, que casi se deshacen al tocarlas, y una libretita, ya muy gastada donde se puede leer "*Recetas*".

Las dos se quedan un rato mirando en silencio hasta que Rita dice:

- No sé qué son o para qué sirven la mayoría de estas cosas... ¿Por qué las guardaría mamá para recordar buenos momentos?

- Creo que puedo hacerme a la idea – contesta la abuela mientras coge el tarro de cristal – Mañana te explicaré que es esto y para qué sirve, pero ahora a dormir, que ya es muy tarde.

Rita sube a su cuarto pensando en lo que acaba de encontrar, está dispuesta a llegar hasta el fondo del asunto y descubrir porque su madre guardó todos estos objetos.



Las noches de verano son frescas. Al atardecer, cuando se va el sol, y con él, el calor, las vecinas del pueblo salen a la calle con sus sillas plegables que plantan en la plaza, delante de la casa de la abuela. A veces, Rita se sienta con ellas, otras las escucha desde la ventana de su habitación. Hacen una estampa perfecta: todas en fila, charlando, despreocupadas, a veces ríen, a veces observan en silencio, pero, cuando llega "la fresca" siempre las puedes encontrar allí.

Hablan de todo y de todos. Que si Paca ya tiene los nietos en casa mientras sus hijos trabajan en la costa, que si esta mañana han encontrado una oveja de Joaquina comiendo en los campos de Jesús, que si Maricarmen no está muy bien de salud, pero no Maricarmen de la panadería, sino la que vive en el camino de las huertas...

También hablan mucho del pasado, recuerdan cuando eran jóvenes, las cosas que hacían, y las que no hacían. Parece que la abuela ha vivido tantas experiencias... y tan diferentes de las de ahora...

Capítulo 2

Cuando sale el sol por la mañana la estampa cambia: el aire fresco entra por la ventana, junto con el canto de los pájaros. Al horizonte se ven las altas montañas, verdes de vegetación, arriba, el cielo azul y abajo, las casitas blancas, pintadas a la perfección.

Rita se despierta agitada, no puede dejar de pensar en el baúl que encontraron ayer y todos los objetos que contenía. Así que sin remolonear demasiado baja las escaleras dispuesta a sacarle una respuesta a su abuela, pero una vez que entra en la cocina, ve que no le hará falta preguntar... Pascuala esta delante de un pequeño armario, abierto de par en par.

Rita se acerca y ve en su interior decenas de tarros de cristal como el que había dentro del baúl. Cada tarro contiene un tipo de semilla distinta.

- Hoy vamos a plantar las simientes¹ de tomate que guardaba tu madre y algunas más que tengo yo por aquí. Prepararemos los semilleros para después poder plantar los plantones en el huerto.

- ¡Hala abuela! Cuantas semillas - Dice Rita haciendo un saltito para alcanzar uno de los tarros.

- Cuidado Rita, esto no son juguetes. Todas estas semillas las he ido acumulando durante años. Hay variedades de hortalizas que mis padres y mis abuelos ya cultivaban, muchas de ellas solo se encuentran en el Valle del Genal. Son variedades del terreno.

- No lo entiendo... ¿quiere decir que estas semillas las recogieron tus abuelos?

- Estas en particular no... Mira, las semillas de berenjena, por ejemplo – dice Pascuala cogiendo uno de los pots – Si mi abuelo veía una berenjena que le gustaba más que las otras, guardaba sus semillas para plantarlas al año siguiente, y así sucesivamente. Estas semillas que ves aquí son la herencia de esas semillas, las siguientes generaciones que yo he ido guardando de las plantas y las hortalizas que a mi más me han gustado.

- Ah, ya entiendo - dijo Rita – entonces de las semillas que plantaremos hoy, cuando salgan los mejores frutos, recogeremos y guardaremos las semillas para seguir plantándolas al año que viene.

- ¡Así es, exacto! – Contestó la abuela.



Rita y Pascuala salen al patio trasero de la casa decididas a trabajar en el semillero. Pascuala le explica todo el proceso de plantación: cómo poner la tierra en las bandejas, hacer los agujeros para colocar las semillas... “Una vez terminado con una variedad es imprescindible escribir su nombre en un papelito para no olvidarse de donde la hemos plantado.”

¹ Semillas

Cuando ya está todo claro, las dos se ponen manos a la obra. Están un buen rato trabajando en silencio y a Rita le da por pensar:

“¿Cómo puede ser que de una semilla tan chiquitita salga una planta tan grande? ¡Y con frutas, para que podamos comer!”

- Abuela, ¿Cuánto tarda una semilla en crecer? -Pregunta Rita.

- Pues mira, en un mes, más o menos, ya podremos trasplantar el plantón en el huerto, y en un par de meses más, ya estaremos comiendo tomates – Contesta Pascuala.

- Eso es mucho tiempo... - Dice Rita agachando la cabeza entristecida.

- Ea, pero luego tan ricos que están. – Contesta Pascuala, que ve la cara de decepción que hace su nieta. Seguramente, dentro de tres meses se habrán terminado las vacaciones y Rita ya estará de vuelta a la ciudad. – Pero no te preocupes – Continúa - esta tarde iremos a la huerta y veras todas las hortalizas que planté ya hace un par de meses y que ya están listas para cosechar.



La huerta de Pascuala está a 10 minutos andando de su casa. El ambiente allí es mucho más fresco que en el pueblo, ya que está rodeada de árboles que le dan sombra por la tarde y pasa un arroyito cerca. Nada más llegar, la abuela enciende el riego a goteo y riega con la manguera el resto de las hortalizas a las que no llega el tubo.

Rita recorre el huerto de lado a lado y reconoce algunas habichuelas, tomates, calabazas, calabacines...

- Niña – dice la abuela- aprovecha para quitar algunas malas hierbas, pero ten cuidado de que no me arranques las matas de verduras.

Rita se agacha, arranca unas pocas hierbas de raíz y se las enseña a Pascuala.

- Muy bien hija, esta se llama Verdolaga y crece por todos lados– le explica Pascuala- mete todas las que encuentres en la cesta y esta noche las haremos para cenar, que se dicen “malas hierbas” pero en la tortilla están buenísimas.

Capítulo 3

- “Moc mooooooc” – A Rita le despierta el estruendo de la bocina de un vehículo que pasa justo por debajo de la casa de su abuela. Asoma la cabeza por la ventana de su habitación, y ve como pasa un camión lleno hasta arriba de lo que parecen ser trozos de cortezas de árbol. “¿Qué raro?” – piensa. Rita sabe que de los árboles sale la madera, pero “¿Por qué se utilizará la corteza?”

- ¡Levántate, Rita que llegamos tarde! - Le grita Pascuala des del piso de abajo.

- ¡Ya voy abuela! – Contesta Rita, mientras se quita el pijama y se viste en menos que canta un gallo. Había olvidado por completo que ayer la abuela le dijo que irían a ver a Isabel. A Pascuala le duele la barriga des de hace días y quiere que su amiga le dé algún remedio.



Al llegar a casa de Isabel, les abre la puerta Ely, su nieta. Rita se pone muy contenta al verla, no esperaba reencontrarse con ella hasta más adelante. En la cocina, esta Isabel, que les ha preparado un buen desayuno. Después de un rato comiendo y charlando, Rita y Ely deciden salir a jugar al jardín.

Isabel tiene un jardín muy grande, entrar allí es toda una experiencia para los cinco sentidos. Está lleno de plantas y de flores de todos los colores, olores y texturas. Isabel lo sabe absolutamente todo sobre ellas. Conoce los nombres de cada una, el aspecto que tienen y su utilidad para hacer remedios o cocinar.

Muchos de estos saberes los ha ido compartiendo con su nieta Ely, así que ella también conoce gran parte de las plantas que se encuentran en el jardín.

- Mira Rita – dice Ely – esta es una margarita, que tiene muchos pétalos... y este es el romero. Mira, ven, ¿lo hueles? ¡Hace un olor buenísimo!

Rita acerca la nariz al romero y percibe su aroma.

- Qué maravilla, Ely. ¡Huele genial!”

- El Romero también se encuentra en el monte - continua Ely – un día estábamos paseando con mi abuela y encontramos uno, ella cogió cuidadosamente una rama y la pusimos en esta maceta, y ¡mira ahora lo grande que se ha hecho!

Rita fascinada empieza a mirar atenta todos los detalles de las plantas, las hojas, los pétalos, los frutos... Si una puede oler así de bien, quizás otras también...

Pasan los minutos y Rita esta tan concentrada mirando las plantas que no se da cuenta que está a punto de pisar una mariquita. Ely la avisa:

- ¡Cuidado, Rita, no pises allí!

Del sobresalto, Rita se echa para atrás y casi se cae de culo al suelo. Las dos se agachan para mirarla de cerca, sus topos, las patitas... pero entonces despliega sus alas y se pone a volar.

- Mi abuela dice que las Mariquitas son buenas, porque se comen a los bichitos que se comen las plantas del huerto. – Le cuenta Ely, mientras se levantan y siguen disfrutando de los secretos que les muestra el jardín.



Se ha hecho la hora de comer e Isabel llama a las niñas des de la ventana. Pascuala lleva un ramillete de Manzanilla y Hierba Luisa que le ha dado Isabel para el dolor de barriga. Isabel lleva entre sus manos un puñado de semillas y se las da a Rita.

- Pascuala me ha contado que habéis sembrado verduras para el huerto. De estas semillas salen unas flores blancas preciosas que atraen a las mariquitas – Dice Isabel guiñándole el ojo – plántalas cerca para proteger a los calabacines y las tomateras.

Mientras vuelven a su casa, Rita tiene una sensación agradable, se siente a gusto y tranquila y esta agradecida por las semillas que le ha dado Isabel y la fantástica mañana que ha pasado junto a su amiga Ely. Mira a su abuela y también anda sonriendo, con el ramo de flores en las manos. “¡Oh, las flores!” a Rita le viene a la cabeza el ramo que encontraron en el baúl. “¿A lo mejor Isabel sabe decirme que flores son?”.

Llegan a casa y Rita corre hasta el baúl a coger el ramo, que pierde unas pocas flores al sacarlo.

-Rita, ayúdame en la cocina, anda. – Le dice Pascuala mientras entra a la cocina y se pone el delantal.

- Ahora no puedo abuela, tengo que ir a preguntarle una cosa a Isabel.

Rita sale como un rayo por la puerta y deshace el camino por el que han venido. Va lo más rápido que puede, pero a la vez va con precaución para no perder más flores por el camino.

Llega jadeando a casa de Isabel y llama a la puerta. Esta vez sale ella.

- Rita, ¿Qué pasa? ¿habéis olvidado algo?

- No es eso Isabel – dice Rita intentando calmar su respiración - el otro día encontramos este ramo de flores que guardaba mi madre de hace mucho tiempo, y como usted sabe mucho de plantas me preguntaba si sabría decir cuales son...

Isabel se pone las gafas que llevaba colgadas en el pecho y después de unos segundos responde.

- Sin ninguna duda, es la hierba de San Juan. Tiene este nombre porque sus flores amarillas salen por esas fechas. Tiene un sinfín de usos medicinales.

Isabel se acerca a su oído y continua en un susurro:

– Además dicen por allí que es una planta mágica.



“Mágica...” Rita vuelve a casa sin quitarse de la cabeza esta última palabra. “Una planta mágica?”

Entonces recuerda el jardín y la experiencia que ha vivido en él y piensa que Isabel, con todas esas plantas y todo lo que conoce de ellas también desprende algo de magia.

Capítulo 4

Hoy por fin Rita ha quedado con todos sus amigos y amigas del pueblo, tiene unas ganas locas de volver a ver a Sandra, Antonio, Enrique y Ely.

Cuando llega la tarde, se encuentran en la plaza para dar una vuelta por los alrededores del pueblo. Después de la alegría del reencuentro, los abrazos y preguntarse cómo les ha ido el curso, se ponen en marcha.

Empiezan a andar calle abajo hasta llegar al camino que va hacia al antiguo lavadero. A medida que se van acercando, un montón de animalitos se les cruzan por el camino: lagartijas, libélulas, gusanos, sapos. Una vez allí, Sandra salta encima de las piedras que lo rodean para intentar atrapar algún renacuajo con las manos. Al mismo tiempo, Enrique se pone a leer un texto escrito en la entrada del lavadero, y explica en voz alta:

- Aquí dice que antiguamente las mujeres del pueblo se reunían en el lavadero para lavar la ropa de toda la familia.

En aquel momento, a Rita le viene a la cabeza, como un flash, una de las fotografías antiguas que encontraron en el baúl de su madre, en la que se veían varias mujeres rodeadas de sabanas y ropas blancas. Pero sus pensamientos se desvanecen rápidamente con el grito repentino de Sandra:

- ¡Pues yo no pienso lavarle la ropa a nadie!

Del sobresalto, la rana que había atrapado Sandra se escurre entre sus manos y salta al agua, salpicándola por completo. Todos se echan a reír a carcajadas por lo que acaba de ocurrir.



Siguiendo la misma senda, el paisaje cambia, el grupo va dejando atrás las huertas y los espacios abiertos y se adentran al bosque. El cielo queda cubierto por las copas de los árboles, enormes y retorcidos. Esos mismos árboles que le hacen saber a Rita que ya ha llegado al Genal cuando van por la carretera. Pero esta vez hay algo diferente, Rita observa que los árboles tienen el tronco al descubierto, están sin corteza, y entonces recuerda el camión que la despertó el otro día.

- Ely – Pregunta Rita - ¿Tú sabes por qué les quitan la corteza estos árboles?

- Esto es para hacer el corcho – contesta – y no sale de cualquier árbol, solo se produce en el alcornoque.

Antonio se incorpora a la conversación:

- Mi padre aún va a trabajar en el corcho. Se juntan un grupo de hombres y se van a los bosques de alcornoque para quitarles la corteza y hacer el corcho. Es un trabajo

que lleva haciéndose en el Genal desde hace mucho tiempo, mi abuelo ya lo hacía, y también el padre de mi abuelo.

Todos se han quedado escuchando atentamente lo que cuenta Antonio y se quedan con ganas de saber más sobre aquel oficio tan antiguo.

Así que Antonio continúa:

- Ya veréis, ¡seguidme!

Todo el grupo marcha tras él, acelerando el paso. Antonio sale del camino para adentrarse aún más en el bosque.

-El año pasado acompañé a mi padre durante el descorcho y vinimos por esta zona, recuerdo que encontramos un árbol muy particular que me gustaría enseñaros. – cuenta Antonio.

Siguen andando entre arbustos y alcornoques, hasta que de repente Antonio se detiene.

- Ya hemos llegado ¡Mirad! - Dice Antonio señalando hacia arriba.

- ¡UALA! -exclaman todos a la vez.

Un alcornoque enorme se presenta delante de sus ojos. Los cinco juntan las manos instintivamente para rodearlo, pero, aun así, no llegan a alcanzar todo el diámetro del tronco.

Pasan el resto de la tarde jugando a su alrededor, bailando, saltando entre sus enormes raíces, hasta que empieza a oscurecer y deciden regresar. Antes, pero, Rita recoge un trocito de corcho que se ha encontrado en el suelo y se lo guardó en el bolsillo. Quiere llevarse un pequeño recuerdo de aquella tarde tan especial.

Al llegar a casa, la abuela está en la cocina, va sacando una por una las verduras y hortalizas de la cesta que ha cosechado hoy en el huerto. Después de lavarlas y cortarlas, las va metiendo en una olla enorme, llena de agua hirviendo donde prepara el cocido.

Mientras, Rita va a buscar el fajo de fotografías que encontraron dentro del baúl y las revisa una por una hasta que da con la que estaba buscando.

- Mira abuela, hoy hemos estado aquí. Dice Rita a Pascuala señalando una de las fotografías.

En ella se observa un grupo de mujeres sonrientes reunidas alrededor del lavadero del pueblo, rodeadas de grandes sábanas blancas.

- ¡Ay, mi hija! Qué recuerdos... Me acuerdo de cuando era pequeña e íbamos con mi madre a lavar la ropa al lavadero.

“Íbamos todos los que había en la casa, si éramos cinco, pues cinco íbamos a lavar con mi madre. Y se juntaban ahí todas las vecinas, cada una tenía sus zarzales, para tender la ropa cuando ya estaba limpia. A nosotras en vez de darnos prendas grandes pues nos daba unos calcetines, unas bragas, unos calzoncillos, lo más chico nos lo daba a nosotras. Mi madre tenía una panera de madera que pesaba como un muerto, y cuando ya terminábamos, se ponía un rodete en la cabeza para ponerse la panera encima. Allí se echaba la ropa más pesada, y la que quedaba la llevábamos nosotras.”

- ¿Y abuela, es verdad que solo iban las mujeres al lavadero?

- Así es. Antiguamente, las mujeres hacían unos trabajos y los hombres hacían otros. Lavar la ropa en el lavadero o en el río, eso era trabajo de mujeres. Tenía sus cosas, porque nos encontrábamos, charlábamos, pero también era un trabajo muy duro, sobre todo en invierno, que se te quedaban las manos heladas al tocar el agua.

“En algunos pueblo del Genal, por ejemplo, las mujeres se juntaban largas horas por la noche para hacer la pleita con el esparto. También durante la cosecha del olivo salían cuadrillas de mujeres para el campo.”

Rita, escuchaba con atención las palabras de Pascuala, mientras dejó sus manos reposar en los bolsillos de la chaqueta. Fue entonces cuando notó el trozo de corcho que se había guardado en el bosque. Cuando la abuela terminó, lo cogió y lo guardo en el baúl junto con las fotografías.

Esbozos de las ilustraciones











